

VI. ACTIVIDADES

ENCUENTRO DE INTELLECTUALES ANTIMPERIAUSTAS DEL CARIBE “MAURICE BISHOP IN MEMORIAM”

Con un discurso del compañero Armando Hart Dávalos, ministro de Cultura y miembro del Buró Político del CC del PCC, quedó inaugurado en la ciudad de Santiago de Cuba el Encuentro de Intelectuales Antimperialistas del Caribe “Maurice Bishop In Memoriam”, que se efectuó entre los días 23 y 25 de octubre de 1984. Auspiciado conjuntamente por el CEA y la Casa del Caribe, el evento logró congregarse a un nutrido grupo de especialistas nacionales y extranjeros que durante esos días reflexionaron sobre algunos de los principales problemas de la región en los años 80.

Durante el primer día de sesiones en la Comisión I, dedicada al examen de la crisis, el militarismo y el movimiento popular en el Caribe, se debatieron las siguientes ponencias: “El Caribe, escenario de una nueva política imperialista”, del profesor Juan Bosch; “Causas estructurales de la crisis en el Caribe”, de Manuel Moreno Fragnals; “La crisis económica y el fracaso del modelo puertorriqueño de industrialización por invitación”, de Osvaldo Cárdenas, del Centro de Estudios sobre Europa Occidental (CEEEO) y “La crisis económica de Jamaica y el Caribe”, del jamaicano Mark Figueroa. En la sesión de la tarde se expusieron los trabajos. “Algunas aproximaciones a las migraciones en el Caribe en la década del 80”, de Armando Fernández Soriano (Centro de Estudios del Caribe, Casa de las Américas); “Granada ocupada”, del profesor haitiano Gerard Pierre-Charles, y “Democracia y autoritarismo en el Caribe”, de Haroldo Dilla (CEA).

Durante el segundo día se discutieron “Implicaciones sociopolíticas de la presencia norteamericana en el Caribe”, del guyanés Joshua Peter Chowritmootoo; “Los Estados Unidos y la intervención como empresa multinacional”, de nuestra colaboradora Isabel Jaramillo; “Puerto Rico y la militarización del Caribe”, de Jorge Rodríguez Beruff (CEREP), y “Crisis, militarismo y movimientos populares en el Caribe”, del también guyanés Clement Rogge.

En la Comisión II, dedicada a examinar la problemática cultural, se presentaron durante la sesión de la mañana las ponencias: “Santiago de Cuba: inicio e inicio del fin del imperialismo”, de Joel James, director de la Casa del Caribe; “El cimarrón: símbolo revolucionario del Caribe contemporáneo”, de Rafael Duharte (Casa del Caribe). En horas de la tarde se discutieron los trabajos “La agresión radial al Caribe y Centroamérica”, del profesor del ISRI Arnaldo Coro, y “El Arco de Las Antillas”, de Bernardo García (Casa del Caribe). En el segundo día de trabajo se presentaron tres ponencias: “Novela y

nación en el Caribe”, del escritor santiaguero Ariel James: “Notas sobre el tema negro en la poesía de la Revolución Cubana: la perspectiva caribeña”, de Alfredo Prieto González (CEA) y Margarita Mateo (Facultad de Artes y Letras, UH); y “West Indies Ud.: un canto de amor y de esperanza”, del poeta Luis Suardíaz. Esta sesión finalizó sus labores con una exposición del dominicano José Rafael Sosa acerca de los medios masivos de difusión en la República Dominicana.

Al evento asistieron en calidad de invitados, entre otros, Denis Williams, Lerroy Cook (Guyana), Anselme Remy (Haití), Don Rojas (Granada), Awilda Colón, Juan Manuel Carrión y Doris Pizarro (Puerto Rico), Félix Calvo y Miguel De Mena (República Dominicana), Guillermo Castro (Panamá), Clara Isabel Martínez (México), Noel Correa y Christian Santos (Nicaragua).

El acto de clausura contó con la participación de José Ramón Balaguer, primer secretario del PCC en Santiago de Cuba, de nuestro Poeta Nacional Nicolás Guillén y de otras personalidades del Partido y el gobierno santiagueros. A continuación reproducimos el discurso inaugural del compañero Armando Hart Dávalos y las palabras pronunciadas por nuestro Director en la clausura del evento.

LA ENSEÑANZA DOLOROSA DE GRANADA NOS MUESTRA LA EXIGENCIA DE DEFENDER EL PRINCIPIO MORAL DE LA UNIDAD

Armando Hart

Compañeros y compañeras:

Desde esta Ciudad Héroe de la República de Cuba, Santiago de Cuba, una de las poblaciones más caribeñas de nuestro país, tenemos el honor de inaugurar el presente encuentro en memoria de un paladín de la libertad y de un intelectual del Caribe: Maurice Bishop.

Siempre que se nos da la oportunidad de reunimos con amigos de otras zonas del mundo, de nuestro continente y particularmente de este Caribe del que somos parte inseparable, reforzamos la convicción de cuán inútiles son las pretensiones divisionistas, diversionistas, que queremos aislar del mundo del que formamos parte.

Por encima de prepotentes designios imperiales, retumban las palabras de José Martí, cuando en elogio a un puertorriqueño ilustre recordaba que “los compromisos de los gobiernos... son menos eficaces que la simpatía responsable de los pueblos decididos a favorecer el triunfo de la libertad”. Esta reunión ratifica la premonición martiana, y por eso es para mi un alto privilegio la oportunidad de hablarles aquí en este encuentro convocado por el

Centro de Estudios sobre América y la Casa del Caribe de esta heroica Santiago de Cuba.

Durante tres días se reunirán académicos e investigadores caribeños para debatir sobre problemas socioeconómicos, políticos y culturales de nuestra región. El nombre que preside este encuentro, el del querido e inolvidable Maurice Bishop; el marco conmemorativo en que se desenvuelve, el primer aniversario de la artera invasión imperialista a Granada; la propia calidad de las personas aquí presentes, intelectuales comprometidos en la lucha por un futuro de paz y justicia, son garantías efectivas de que junto al rigor académico presidirá cada debate la voluntad de hallar respuestas a los problemas esenciales que surgen de la dinámica evolutiva de nuestra región caribeña.

Cerca de medio milenio ha transcurrido desde que, con la llegada de los primeros europeos a América, la humanidad comenzó a rebasar la estrecha cosmovisión del Medioevo y a reconocer su planeta en toda su vastedad y diversidad. Como es sabido, ese primer encuentro se efectuó aquí en el Caribe. A partir de entonces el Caribe comenzó a desempeñar un papel decisivo en la configuración histórica del Nuevo e incluso Viejo Mundo. Como un gran laboratorio experimental, aquí se inician y conforman los principales momentos históricos del continente. Trampolín o valladar, cobran impulso o se detienen corrientes y afectaciones externas que luego incidirán sobre el resto del hemisferio e incluso del mundo.

EL CARIBE SE TRANSFORMÓ EN EL PULMÓN ECONÓMICO DEL CAPITALISMO NACIENTE

Cuando el gran Almirante, impresionado por las bellezas naturales y por las riquezas —que, según escribía, “sería tedio describir”— cambió baratijas de todo género por aves exóticas, algodón y pepitas de oro, inició en nuestras islas el intercambio desigual y la expoliación económica que aún sufre nuestra América. Parte de esas riquezas atesoradas por él o sus sucesores servirían para financiar otras expediciones de conquista, incluyendo la que encabezó un funcionario del Cabildo de esta ciudad, Hernán Cortés, contra la poderosa Confederación Azteca. Archivo de epopeyas y aventuras fue el Caribe, escenario principal de cruentas guerras entre las potencias coloniales europeas interesadas en arrebatar a España el poder monopolístico sobre la mayor parte del Nuevo Mundo. Ingleses, holandeses, daneses, suecos y otros más, reclamaron sus derechos sobre territorios promisorios que vendrían a convertirse en las tierras más ricas y codiciadas de sucesivas épocas históricas. El Caribe se transformó en el pulmón económico del capitalismo naciente, en

un área priorizada de acumulación de las emergentes burguesías europea y norteamericana.

A expensas de las riquezas de las plantaciones producidas por las masas de esclavos africanos, del propio tráfico de esos esclavos arrancados violentamente de su continente natal, del saqueo de toda índole, en las aguas turbulentas del Caribe la burguesía naciente se dio un baño de lodo y sangre y al mismo tiempo nos dejó una región muy peculiar de intensa simbiosis étnico-cultural, de herencias comunes no excluyentes de diversidades, donde el amor a la libertad y la igualdad germinó con fuerza singular ligado indisolublemente al propio dilema de la supervivencia individual y colectiva. No es, pues, casual, que por el Caribe se iniciara otro momento histórico de América, de nuestra América: la primera independencia. La vigorosa insurrección de los esclavos africanos de Haití —comandados por una de las figuras más ilustres del continente, Toussaint Louverture— dio fin a la dominación francesa, proclamó la abolición de la esclavitud y convirtió a la antigua Saint Domingue en una base segura para revolucionarios europeos y latinoamericanos. Mueve a meditación que la primera gesta libertaria de América Latina y el Caribe haya tenido como una de sus divisas principales la solidaridad revolucionaria. Franceses fugitivos de la represión thermidoriana, revolucionarios polacos, patriotas mexicanos y venezolanos, entre ellos nada menos que Simón Bolívar, hallaron en la república negra asilo y apoyo para sus empresas. Si a mediados del siglo XIX el fantasma del comunismo recorría Europa, no es exagerado afirmar que medio siglo antes a América la recorría el fantasma haitiano, de una pequeña nación hostigada, agredida, calumniada, aislada del mundo por las fuerzas colonialistas reaccionarias, que había dado un ejemplo de dignidad, un aliento para las masas sumidas en la forma más brutal de explotación social, un camino para las nacionalidades oprimidas por las potencias coloniales.

TAMPOCO ES CASUAL QUE A FINES DEL SIGLO XIX GERMINARA EN EL CARIBE EL MÁS VIGOROSO PENSAMIENTO ANTIMPERIALISTA

Por ello tampoco es casual que a fines del siglo XIX germinara en el Caribe el más vigoroso pensamiento antimperialista, ni tampoco que este pensamiento naciera vinculado al ideal bolivariano de la unidad continental. José Martí, Ramón Emeterio Betances, Eugenio María de Hostos, Gregorio Luperón, Pedro Francisco Bonó, Antenor Firmin, fueron las más descollantes figuras de una vanguardia política revolucionaria que adoptó como meta estratégica bloquear el paso al naciente imperialismo norteamericano con la unidad de las Antillas. Sólo así, sentenciaba el padre de la patria puertorriqueña, el insigne

Dr. Betances, “en nombre del principio de la unidad podemos responder a los falsos intérpretes de la Doctrina Monroe. Sí, América para los americanos, pero las Antillas para los antillanos. Desgraciados aquellos que osen poner sus manos sobre ellas”, y próximo a caer en Dos Ríos, el Héroe Nacional cubano, José Martí, escribía sobre su proyecto de “impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”. Parecería una utopía y era, sin embargo, un mandato político y revolucionario.

Aún está por hacer la historia de las relaciones de los patriotas antillanos que a fines del siglo pasado anunciaron la necesidad de la segunda independencia.

Aún se alza el reto para los intelectuales caribeños de desentrañar todos los vínculos que existieron entre los revolucionarios cubanos, dominicanos, haitianos, puertorriqueños, con las comunidades de Jamaica, St. Thomas y otras islas que fueron base de asiento y operaciones de los exiliados. Quizás entonces conozcamos que aquel gesto solidario de David que nos describe José Martí en su Diario no fue un hecho aislado, sino parte de una corriente sentimental de apego a la causa cubana entre las poblaciones de aquellos países caribeños que por su peculiar conformación histórica quedaron marginados de la epopeya libertaria del siglo XIX.

La predicción de los próceres antillanos se cumplió y nuevamente correspondió al Caribe ser la primera víctima de otra avalancha conquistadora: la del imperialismo norteamericano. Desde los Estados Unidos de Norteamérica se echaron sobre nuestras islas catervas de aventureros e inversionistas, y junto a ellos, la arremetida militar del Gran Garrote. Cuba y Puerto Rico fueron las primeras víctimas. La primera, convertida en protectorado; la segunda sujeta férreamente por espúreos lazos coloniales. Luego, Haití y República Dominicana, al mismo tiempo que se iniciaba la penetración subrepticia en las colonias europeas y se sometía a una suerte similar a otras repúblicas de la Cuenca del Caribe.

El esfuerzo patriótico de las masas caribeñas y centroamericanas no pudo impedir la consumación de la estrategia norteamericana de dominación, ni que el Caribe fuera incluido unilateralmente como parte de la “seguridad nacional” de los Estados Unidos. Pero sí mantuvo viva la semilla de la libertad, regada de nuevo por la sangre de centenares de mártires, por la prédica ineludible de Américo Lugo y Federico Henríquez y Carvajal, por la intransigencia viril de Pedro Albizu Campos y sus compañeros nacionalistas, por la acción de Carlos Baliño y Julio Antonio Mella. De Jamaica, aquella Jamaica que Martí había descrito “gris como la vida de los esclavos”, brota el mensaje clarificativo de Marcus Garvey, reivindicador de una civilización que había sido grande y que volvería a serio, una casi milagrosa campaña

propagandística que despertó miles de conciencias adormecidas por la alienante política cultural de la páfida Albión. El Caribe anglófono se sacude y, sorprendentemente, las masas de Jamaica, Trinidad, Barbados y otros lugares se levantan en son de protesta para reclamar un mundo mejor.

NUEVAMENTE LAS AGUAS DEL CARIBE LLEVABAN AL CONTINENTE UN MENSAJE HISTÓRICO

Aún se iniciaba el proceso descolonizador en el Caribe angloparlante, o se ensayaban disfraces colonialistas en las antillas francófonas y en Puerto Rico, cuando el 26 de julio de 1953, aquí en esta misma ciudad heroica, un grupo de jóvenes revolucionarios comandados por Fidel Castro se lanzaron al asalto del Cuartel Moncada. Nuevamente las aguas del Caribe llevaban al continente un mensaje histórico: en la luminosa mañana del Primero de Enero, en Cuba, habíase ganado, tras una lucha de siete años, la primera batalla por la segunda independencia.

A partir de ese momento la geopolítica del Caribe se tensa y se complica. Ya no predominarán los conflictos colonialistas o las rivalidades interimperialistas, sino un enfrentamiento antagónico entre las fuerzas del progreso social y la liberación nacional, de un lado, y las que pretenden mantener la dominación imperialista y la injusticia social.

Con las primeras se alinean las masas populares y sus vanguardias políticas, inspiradas no en supuestas “ideologías extrañas”, sino en las más sagradas tradiciones históricas: en el ejemplo de los aborígenes que preferían el exterminio a la esclavitud, de las indómitas huestes cimarronas, de las campanadas de Capetillo, Lares y La Demajagua: por el camino trazado por Louverture, Betances, Luperón, Martí, Bogle, Garvey, Sandino y tantos otros próceres.

En el segundo bando se alinean los herederos de los negreros, de los hacendados esclavistas, de los rancheadores, de los prepotentes gobernadores, de los fusileros coloniales y de los cuerpos de marina norteamericanos, que pretenden seguir el fatídico camino trazado por las teorías de la expansión territorial o del destino manifiesto, y diríamos de la doctrina de las “zonas de influencia”.

Así, la Cuenca del Caribe —incluyendo aquí también a las hermanas naciones centroamericanas— se convierte hoy en un campo de batalla decisivo entre el progreso y el retroceso, y que exige a todos el aporte de un esfuerzo más para detener la ofensiva imperialista agresiva y militarista que impulsa la actual administración norteamericana. No dudamos que la victoria final será de los pueblos, pero en su retroceso inevitable el imperialismo y sus aliados locales son capaces de actos desesperados como la artera invasión a Granada en

octubre de 1983 y la escalada agresiva desatada en Centroamérica contra la Revolución Sandinista y contra la insurrección popular en El Salvador.

ESTUDIAR LOS MÉTODOS IMPERIALISTAS DE DOMINACIÓN y SUS PROBABLES RESPUESTAS ENTRE EL INEVITABLE PROCESO DE CAMBIOS

Justamente es a este enfrentamiento antagónico al que deben prestar ustedes toda su atención. Deben los científicos sociales aquí presentes estudiar la magnitud y el carácter de la crisis socioeconómica que azota a nuestros pueblos sujetos al estigma de la dependencia colonial o neocolonial; a la composición real o potencial del movimiento popular y a las formas que adoptará este en sus luchas por la democracia y la justicia social. Deben estudiar los métodos imperialistas de dominación y sus probables respuestas entre el inevitable proceso de cambios que exigen las “islas dolorosas del mar”.

Este es un proceso que ustedes estudian porque va necesariamente asociado al conjunto de los factores y componentes de vida de la sociedad.

La separación de la cultura y el arte de las restantes manifestaciones de la vida social es un espejismo que no solamente oculta la realidad, sino que conduce a posiciones evasivas respecto al compromiso histórico de los hombres de la cultura.

Cuba y su historia son ejemplos de esta afirmación. La identificación cultural de la nación cubana y las raíces mismas de la nacionalidad se formaron en el conjunto de procesos independentistas, antiesclavistas y revolucionarios que tuvieron lugar en el siglo XIX. La lucha armada contra el poderío español fue el crisol en el cual se formó un modo cubano de vivir, de pensar y de actuar, que se consolidó finalmente en cincuenta años de luchas sociales y antimperialistas en nuestro siglo, y que ha encontrado en la Revolución Cubana hoy, la situación social y espiritual idónea para su desarrollo, para la solución cardinal de sus problemas.

La identidad cultural de un pueblo es el resultado de su acción en la historia; es la expresión viva de sus potencias creadoras y transformadoras: es fragua de pensamientos y voluntades, pero también, al mismo tiempo, es producto de la fragua mayor que es la lucha por la libertad, la soberanía, la autodeterminación nacional y el respeto a sí de un pueblo y de una nación. La cultura es la acción y resultado de la transformación social. Puede ser preludio, pronóstico, imagen del futuro, pero es también la inquietud y la búsqueda de ese futuro. Significa, pues, voluntad de transformación.

LA CULTURA REPRESENTA LA VÍA IDÓNEA PARA LA RELACIÓN, COOPERACIÓN y LA UNIÓN DE NUESTROS PUEBLOS

En los países del Caribe, caracterizados por la diversidad, la originalidad y la singularidad, la cultura ha de jugar un rol de gran importancia en la consolidación de la conciencia popular de lo específicamente caribeño.

Ante los elementos y factores de desunión, la cultura representa la vía idónea para la relación, la cooperación y la unión de nuestros pueblos, por una razón especial: la identidad cultural caribeña está avalada por una historia común en lo esencial, una simbiosis de razas y estadios sociales de desarrollo, y una relativa identidad de estructuras económicas, junto a la causa común de la lucha por la libertad y la coincidencia básica en el proceso de formación de las diversas culturas nacionales.

En las relaciones entre nuestros pueblos debe primar la unidad, si queremos ser consecuentes con la historia y las alternativas del desarrollo.

La enseñanza dolorosa de Granada nos muestra la exigencia de defender el principio moral de la unidad; la dolorosa experiencia de Granada nos muestra hasta dónde los imperialistas son capaces de realizar grandes fechorías, y nos enseña también lo que no es moral que hagan aquellos que se autotitulen revolucionarios. Tenemos que convertir esto en un principio de moral política.

Compañeros:

Llamamos al intercambio de opiniones con franqueza y sin prejuicios, y que el mismo abarque tantas esferas como objetivos tiene nuestra confrontación con el imperialismo; es decir, la sociedad, la economía, la política y la cultura.

Así podrá situarse este encuentro a la altura del momento, cuando citando a Martí decimos: “la hora del atrevimiento y la grandeza suenan ante nosotros”. Sólo así podrá el encuentro contribuir eficazmente al acercamiento de nuestros pueblos contra el enemigo común, sólo así podrá convertirse en una trinchera más de la lucha ant imperialista, en un mensaje solidario para los pueblos de Nicaragua, y El Salvador, amenazados por los planes agresivos norteamericanos; para el pueblo de Granada, sometido a una represiva ocupación militar extranjera. Sólo así podrá recordarse dignamente la memoria inolvidable de Maurice Bishop.

Compañeros, amigos:

Honremos a Maurice Bishop y a todos los caídos en aquellos dramáticos días teniendo siempre muy presente nuestra historia común, fortaleciendo nuestra identidad cultural, aprendiendo las enseñanzas del drama y, por tanto, uniéndonos cada vez más en un esfuerzo solidario por defender los derechos soberanos de los pueblos del Caribe y de toda nuestra América.

DISCURSO DE LUIS SUÁREZ SALAZAR, DIRECTOR DEL CEA, EN LA
CLAUSURA DEL “MAURICE BISHOP IN MEMORIAM”

Poeta de Cuba, el Caribe y América, Nicolás Guillén;

Compañeros y compañeras;

Colegas intelectuales caribeños o estudiosos de los problemas del Caribe que
tuvieron la gentileza de acudir a nuestra invitación:

Nuestras deliberaciones ya han culminado. Durante estos tres días hemos
compartido con franqueza, sinceridad, guiados por el compromiso social y
político que caracteriza a lo más genuino de la intelectualidad y la ciencia
social americana, enfoques y puntos de vista acerca de los agudos problemas
que aquejan a este ámbito cultural y geográfico que genéricamente
denominamos el Caribe. Como dijera precursoramente Nicolás Guillén, West
Indies, en inglés, en castellano, las Antillas, constituye una constelación y a la
vez síntesis de pueblos, razas y culturas que nos identifican, más que por
nuestra inevitable posición geográfica, por nuestra historia y espíritu común y
por la voluntad de búsqueda de un futuro de dignidad, justicia social,
independencia nacional y autenticidad cultural.

En el contexto de este encuentro, hemos escuchado múltiples ponencias e
intervenciones objetivas y científicamente fundamentadas alrededor de los
problemas medulares que hoy inciden en las sociedades capitalistas
dependientes de esta subregión. La crisis socioeconómica y política que la
afecta como consecuencia del agotamiento de los modelos de acumulación
impuestos por el imperialismo, los continuos intentos de éste por restar
legitimidad a nuestras expresiones culturales, la agresiva escalada
intervencionista de la actual administración norteamericana y las alternativas
de la necesaria respuesta popular, han sido objeto de nuestros trabajos. Nos
atreveremos a decir que sus resultados constituyen un modesto aporte al valioso
arsenal de ideas y experiencias que el movimiento popular de nuestra región
acumula, cada día, en su ineludible batalla por alcanzar, en su vinculación
recíproca, la paz, el desarrollo económico y social necesarios para proyectar
todas y cada una de sus genuinas expresiones culturales.

La declaración que hace unos instantes acabamos de aprobar refleja el sentido
esencial del intercambio de opiniones que hemos realizado en estas fructíferas
jornadas. La declaración, ciertamente, no era obligada en un evento académico
como este; pero los intelectuales y científicos sociales aquí reunidos no
podíamos dejar de expresar, como un auténtico hecho de conciencia, la
profunda preocupación que genera en cada uno de nosotros la política agresiva
de los círculos de poder norteamericanos en su afán antihistórico de
reconstituir su erosionada hegemonía hemisférica y mundial.

¡Cuando están en juego los destinos de la humanidad, cuando como hoy está en peligro todo lo que la inteligencia humana ha creado en su milenario desarrollo, la ciencia y la cultura tienen que unirse, más que nunca, a las multiformes luchas que desarrollan los pueblos por preservar su existencia y labrar un futuro mejor!

En ocasiones, estimados colegas, cuando hablamos de los constantes peligros que asechan a la humanidad como consecuencia de la frenética carrera armamentista desatada por los círculos de poder norteamericanos; cuando valoramos las posibilidades de una intervención directa de los Estados Unidos en Nicaragua, El Salvador o Cuba, o cuando reflexionamos alrededor de los costos culturales y humanos que hechos de esa naturaleza tendrían para nuestros pueblos y para el propio pueblo norteamericano, nuestras mentes, estructuradas en el constante ejercicio científico-cultural, tienden a rechazar, por su irracionalidad intrínseca, cualquiera de esas alternativas. Pero los hechos, las evidencias empíricas y factuales, así como la reflexión histórica, nos llevan a decir que, aun contra el más elemental sentido común, las probabilidades de nuevas aventuras bélicas de los Estados Unidos en estas u otras regiones del mundo no pueden ser descartadas.

La intervención militar norteamericana, santificada por la OEA, en Santo Domingo hace ya casi veinte años y, más recientemente, la brutal y aparentemente ilógica ocupación de la pequeña isla de Granada (por sólo hablar de nuestro hemisferio) son suficientes para demostrar que la geopolítica imperial pretende no sólo “contener” la posibilidad de “nuevas Cubas y nuevas Nicaraguas”, sino también hacer retroceder, violando todos los principios del derecho internacional, el camino de nuestros pueblos hacia su genuina autodeterminación.

No podemos negar que en importantes sectores de la sociedad norteamericana fructifican manifestaciones de rechazo a la participación de tropas estadounidenses en los conflictos que hoy se desarrollan en Centroamérica como consecuencia de la crisis de la dominación imperialista en esa región. Es público que tal rechazo abarca también a los “métodos inmorales” que implican la mal llamada guerra encubierta contra Nicaragua.

Sin embargo, sería iluso desconocer que en los círculos dirigentes norteamericanos existe un consenso político fundamental en la concepción de nuestro continente como simple “traspatio natural” de la proyección del poder global estadounidense en todo el planeta. Ese consenso ha determinado — como nos recordara el profesor Juan Bosch— que, al margen de matices con relación a los métodos, todas las administraciones norteamericanas en los últimos años hayan sostenido inconfundibles líneas de continuidad en su intención de mantener, ampliar, consolidar y defender los fundamentos

económicos, políticos, ideológicos y culturales de su ya cuestionada dominación en esta parte del mundo.

El reconocimiento de esa realidad nos lleva a unimos con satisfacción a las expresiones de solidaridad con los pueblos de Nicaragua y El Salvador que aquí se han pronunciado. En muchas ocasiones se ha evidenciado que los círculos de poder de los Estados Unidos no están dispuestos a aceptar las soluciones políticas y negociadas que reclama la comunidad internacional —y en particular el Grupo de Contadora— para la crisis centroamericana. A la inversa, desde posiciones de fuerza han pretendido obtener concesiones unilaterales del Gobierno de Reconstrucción Nacional de Nicaragua y crear condiciones para producir desenlaces militares de la situación en esa subregión en caso de que la insurgencia popular salvadoreña haga colapsar las falsas soluciones imperiales. Parte importante de dichos preparativos se desarrollan en este Caribe que ha sido objetivo directo de nuestra atención en estos días. Los mismos no han excluido la posibilidad de agredir a Cuba con el propósito expreso de destruir su “capacidad de respuesta” ante una eventual intervención imperialista en Centroamérica.

De ahí que, como cubanos, sintamos la obligación moral de expresarles a ustedes, visitantes del Caribe, nuestro agradecimiento por el testimonio de amistad que vuestra presencia en nuestra patria implica. Ella estimula a nuestro pueblo en su incansable preparación para enfrentar victoriosamente cualquier agresión por parte de los Estados Unidos y por hacer realidad la viril advertencia de Antonio Maceo: ¡Quien intente apoderarse de Cuba sólo recogerá el polvo de su suelo anegado en sangre, si no perece en la lucha!

Estimados colegas y amigos:

Clausuramos ya este evento científico-cultural. Pero ello no puede ser la culminación de nuestros enriquecedores contactos. Es a la inversa, en muchos casos, expresión de la profundidad de los mismos, y en otros, el inicio de una relación más directa, permanente, y fructífera entre todos nosotros.

Vínculos necesarios que nos permitan unir esfuerzos en el estudio objetivo y científicamente fundamentado de la multidimensional problemática caribeña; que nos permitan rescatar y enaltecer nuestras mejores tradiciones culturales; que nos faciliten investigar y divulgar nuestra historia común; y que nos garanticen, sobre todo, comprender y explicar la compleja situación que hoy vive nuestra región. Desentrañar, en síntesis, el continuo comportamiento de la política imperialista en todos los órdenes, sus posibles respuestas a la profunda crisis de su dominación en el área, los alcances de su política agresiva y la esencia de sus acciones dirigidas a neutralizar o destruir la

inevitable respuesta de amplios sectores sociales a sus designios desnacionalizadores.

En este esfuerzo pueden contar ustedes con la colaboración de 103 científicos sociales cubanos interesados en la problemática caribeña. Pueden contar con la Casa del Caribe y con el Centro de Estudios sobre América, que hemos tenido el honor de patrocinar este evento. Pueden contar —estoy autorizado para decirlo— con todas las instituciones investigativas cubanas que desarrollan investigaciones sobre el Caribe, ya sea en los marcos universitarios, en la Academia de Ciencias o en la prestigiosa Casa de las Américas.

A todos ustedes, en nombre de los patrocinadores, queremos expresarles nuestra gratitud. Agradecimiento que hacemos extensivo a los infatigables traductores que nos han ayudado en estas labores; al grupo de amplificación, grabación y documentación, que harán posible la futura edición de las memorias de este evento, y a los periodistas, que han permitido que nuestras deliberaciones trasciendan los bellos pero estrechos marcos de estos escenarios que hacen evocar épicos episodios de nuestra historia patria. Finalmente, en nombre de todos los participantes e invitados, queremos expresar nuestro profundo reconocimiento a las autoridades de la Ciudad Héroe de la República de Cuba, por la decisiva ayuda que nos ofrecieron para la exitosa realización de este encuentro. Reconocimiento que extendemos al pueblo santiaguero, que nos ha rodeado de diferentes formas y a través de sus magníficas expresiones culturales, con el cariño y calor que les son característicos y que ha puesto patente ante nosotros, cubanos y caribeños, la certeza del lema: “Santiago: rebelde ayer, hospitalaria hoy y heroica siempre”. Muchas gracias.

SEGUNDO SEMINARIO SOBRE LA SITUACIÓN DE LAS COMUNIDADES NEGRA, CHICANA, CUBANA, NATIVA NORTEAMERICANA, PUERTORRIQUEÑA, CARIBEÑA y ASIÁTICA EN LOS ESTADOS UNIDOS

Auspiciado por el CEA y la Casa de las Américas, del 4 al 6 de diciembre de 1984 se celebró en La Habana el Segundo Seminario sobre la Situación de las Comunidades Negra, Chicana, Cubana, Nativa Norteamericana, Puertorriqueña, Caribeña y Asiática en los Estados Unidos. El evento contó con la participación de numerosos delegados de las distintas comunidades, continuando en cierta forma las labores del anterior encuentro en el mismo escenario en noviembre de 1981.

Esta vez las actividades se organizaron en cinco comisiones de trabajo:

1. migraciones; 2. economía política; 3. situación de la mujer; 4. cultura e ideología; 5. temas libres; también se realizó un panel sobre el racismo en Cuba, que contó con la participación de Manuel Moreno Friginals, Rogelio Martínez Furé, Nancy Morejón y Pedro Deschamps Chapeaux. Los participantes de las distintas comunidades dieron a conocer, al finalizar el evento, una declaración en la que se pronuncian por la paz, el fin de la carrera armamentista, la solidaridad entre los pueblos; además reafirmaron su apoyo a la autodeterminación y la independencia de Puerto Rico.

El seminario fue inaugurado por el cro. Armando Hart Dávalos, ministro de Cultura, y contó con la presencia de distintos invitados. Seguidamente incluimos el discurso de apertura del Ministro de Cultura.

INTERVENCIÓN DE ARMANDO HART DA VA LOS MIEMBRO DEL BURÓ POLÍTICO y MINISTRO DE CULTURA EN EL II SEMINARIO SOBRE LAS COMUNIDADES EN LOS ESTADOS UNIDOS

Estimados amigos:

En noviembre de 1981 celebramos aquí mismo el Primer Seminario sobre comunidades en los Estados Unidos. Tuvimos entonces el honor de decir también unas palabras. Ahora nos encontramos de nuevo en el empeño de conocernos más y mejor para celebrar este segundo seminario, convocado, como en aquella ocasión, por el Centro de Estudios sobre América y por la Casa de las Américas.

Tiene un gran sentido histórico y cultural que haya sido en tierras del Caribe, donde se cruzaron civilizaciones que convergieron en América, que nos hayamos encontrado y establecido una comunicación, un nexo que debe permanecer y fortalecerse con el tiempo y con nuestras acciones solidarias y de estudios acerca de las cuestiones que nos unen; y estas, bien se sabe, son muchas.

Nos reunimos en este diciembre de 1984, que arrastra una cronología resonante para la tradición histórica y la lucha por la identidad cultural de nuestros pueblos y naciones. Diciembre se inaugura con el estallido de la lucha contra la segregación racial en Montgomery, Alabama, liderada por aquel hombre gigantesco que fue Martin Luther King, el primero de diciembre de 1955, y se cierra con la matanza de trescientos indios a manos del Ejército de los Estados Unidos, en Wounded Knee, Dakota del Sur, consumando la usurpación del territorio indígena en el Oeste, el 29 de diciembre de 1890. También dentro de pocos días, el 10 de diciembre, se cumplirán ochenta y seis años del fin de la llamada Guerra Hispano-Cubano-Americana, en la cual desembocara la epopeya anticolonial que la insurgencia popular cubana sostuviera por tres décadas, dándole el golpe de gracia al imperio español en

estas Indias Occidentales. José Martí, quien dedicó su vida a preparar la, horas antes de caer en combate por alcanzar esa victoria escribió que la lucha no era sólo por ganar la independencia cubana, sino por evitar que los Estados Unidos cayeran con más fuerza sobre las tierras de nuestra América. En efecto, no sólo la intervención de los Estados Unidos en el fin de la guerra ató a Cuba por lazos semicoloniales al nuevo imperio, sino que le permitió a este caer, con esa fuerza más que previera Martí, sobre Puerto Rico, Guam y Filipinas.

Así, el Tratado de Versalles, que concluyó esta independencia mutilada, marcó la suerte no sólo de los cubanos, sino de otros pueblos que —como antes los africanos, los indios y los mexicanos— fueron arrastrados desde entonces por la fuerza expansiva de los Estados Unidos, e integrados en diversa medida y con desiguales derechos a su formación social.

Por más que existan diferencias cruciales entre la sociedad norteamericana y las de nuestra América, está bien claro que una corriente continua une a vuestras comunidades con las naciones de estas tierras, creando un vínculo inexpugnable, legitimado por la historia y convalidado por una identidad cultural que, al margen de diferencias ideológicas o políticas, hoy nos congrega en este y otros escenarios.

Los negros del Caribe, los indios de Centroamérica y México, los “latinos” todos de estas islas y de tierra firme, están implicados en la realidad norteamericana de manera indisoluble, así como la efervescencia y el destino de las comunidades en los Estados Unidos nos atañe a todos los que vivimos en las tierras del Sur. Pero mucho más a los que vivimos en este Caribe, que, como hemos dicho en otras ocasiones, constituye, por su historia, punto de convergencia, síntesis y enriquecimiento de diferentes vertientes de la cultura universal.

Este tiempo americano que nos une tiene su hora hoy, precisamente, en el meridiano de Centroamérica y el Caribe. No pretendo sacarlos a ustedes del centro de sus deliberaciones en este segundo seminario científico-cultural; pero no podemos desconocer que una vez más en esta zona de América está en peligro la paz y la seguridad de todos nuestros pueblos. Paz y seguridad que, ciertamente, hasta ahora han sido precarias porque han estado estigmatizadas por la opresión, el etnocidio, la discriminación, la explotación. Pero que ahora, cuando estos pueblos han llegado a conocerse en sí mismos como para poder determinar su destino, se ve peligrosamente afectada por la amenaza de la intervención, como si de nuevo estuviéramos en la hora del Tratado de Versalles, y las cañoneras pudieran, otra vez, imponer su *pax norteamericana*. No permitamos que Vietnam y Granada sean la amarga cosecha de nuestra época. En la hora de Centroamérica y el Caribe, sólo la paz de nuestros

pueblos y naciones puede detener el impulso de las armas, y para ello es necesario que el diálogo y la moderación sustituyan a la prepotencia y la agresión.

Permítasenos hoy, en el marco de este seminario científico, evocar un documento de gran trascendencia teórica que en los próximos días cumplirá veinte años. Se trata de la intervención del Comandante Ernesto Che Guevara ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 11 de diciembre de 1964. Este texto suscita una profunda evaluación de cuestiones como la solidaridad con los movimientos de liberación en África, el problema colonial de Puerto Rico, el racismo del apartheid sudafricano, la encrucijada de una plena coexistencia pacífica entre Estados con distintos regímenes sociales. Allí también se plantean los puntos en que Cuba ha resumido su fórmula para garantizar una paz sólida en el Caribe.

“Llegará el día” —dice el Che— “que esta Asamblea adquiriera aún más madurez y le demande al gobierno norteamericano garantías para la vida de la población negra y latinoamericana que vive en este país, norteamericanos de origen o adopción, la mayoría de ellos”.

Lo más aleccionador que aporta este lúcido análisis del Comandante Guevara radica en su concepción universal de los derechos del hombre.

en su análisis de que el anhelo de los pueblos por su libertad y dignidad no reconoce fronteras, y en su objetivo de interesar a la población norteamericana a las aspiraciones de redención social e independencia nacional de América latina y el Caribe; en la seguridad de que en este empeño generoso ganará la democracia en Norteamérica, ganarán amplias capas de la población de los Estados Unidos y ganaremos todos; ¡ganará la paz entre nuestros pueblos y la paz en el mundo! En la seguridad de que así, comunicándonos, uniéndonos estrechamente a ustedes ganará el futuro feliz de nuestros pueblos.

El papel de las comunidades norteamericanas, donde se agrupan importantes capas de la población estadounidense, puede resultar decisivo para alcanzar ese futuro de unión entre nosotros. A su vez, el papel de América latina y el Caribe ha de resultar también decisivo en el futuro de la humanidad. Juntos, podemos hacer mucho; separados siempre serán limitados nuestros hechos. Y avanzaremos en la medida en que logremos coordinar los esfuerzos, unirnos estrechamente en favor de ampliar la democracia. de ampliar la libertad, de ampliar la dignidad del hombre.

Por ello destacamos en este acto la trascendencia de vuestra reunión y la importancia de la misión que tiene este esfuerzo de ustedes para el futuro no sólo de los Estados Unidos, de la democracia en Norteamérica, sino también de la paz entre los pueblos.

Distinguidos invitados:

Los exhortamos a exponer sus puntos de vista con la mayor libertad y rigor científico, en un espíritu democrático y participativo, con la misma pasión lúcida del Che, y el alto compromiso intelectual que nuestro tiempo americano nos exige. Y queremos agradecerles, en nombre de los patrocinadores del evento, y en el mío propio, el testimonio de amistad que implica vuestra .presencia en nuestra pequeña isla en momentos en que nuevamente nos encontramos amenazados por la prepotencia imperial de quienes no se resignan a los ineludibles cambios de la historia de la humanidad.

Muchas gracias.